

## SANTORAL:

### JESÚS DEL GRAN PODER

NO PUEDE darse, ni en la Tierra ni en la Luna, en el pasado o en el presente, un espectáculo tan pasmoso y tan incomprensible como el que México presencia ahora: un país de dos millones de kilómetros cuadrados, de cincuenta millones de habitantes y con una historia milenaria, pendiente total, absolutamente de la palabra de un hombre solitario.

Alguien diría, por supuesto, que no hay razón para asombrarse, pues de 1888 a 1910 México vivió ese mismo espectáculo cada cuatro años y durante veintidós.

TAL RECUERDO histórico es impertinente. Primero, porque se trataba de Porfirio Díaz, un hombre nada vulgar, antes bien, tan singular que en nuestra historia no se había dado antes otro ni hasta ahora se ha repetido la suerte. Segundo, Díaz se fue labrando una posición pública desde sus años mozos de guerrillero hasta llegar a gran capitán en la Guerra de Intervención. Tercero, concluída allí su carrera militar, Díaz comienza la política, y para ello, intriga todos los días durante diez años continuos, de 1867 a 1876, combatiendo, no con pigmeos, sino contra los gigantes Benito Juárez.

rez, Sebastián Lerdo de Tejada y José María Iglesias.

A más de estos largos y bien conocidos antecedentes, a Porfirio le lleva otros doce años (1876-1888) alcanzar el poder absoluto, y durante ellos fue descartando a jefes militares de la talla de Mariano Escobedo, Ignacio Mejía e Ignacio R. Alatorre, a juristas como Ignacio Vallarta, a parlamentarios como Manuel María de Zamacona, a intelectuales como Vicente Riva Palacio e Ignacio Ramírez, a caciques tan enraizados en el suelo local como el poblano Juan N. Méndez, el zacatecano Trinidad García de la Cadena, el neoleonés Gerónimo Treviño.

POR ESO puede decirse con toda certidumbre que Porfirio Díaz trepó hasta lo más alto de la cucaña y se mantuvo allí veintidós años porque puso en ello un esfuerzo de seis lustros, esfuerzo que, además, desplegó a la vista de todo el mundo, en plena plaza pública. Entonces, con todo lo condenable que se quiera, la dictadura porfiriana tenía y tiene una explicación racional, de que decididamente carece la actual.

En efecto, desde hace veinticinco años nuestros presidentes no han tenido siquiera el signo distintivo de un antorchado militar; ninguno de ellos participó propiamente en la azarosa vida revolucionaria; sus carreras políticas jamás alcanzaron una resonancia nacional perdurable, incluso cuando ya ocupaban una secretaría de estado; ninguno ejerció la cátedra o el periodismo, o se labró una fama pública desde la tribuna parlamentaria o la popular. En suma, no puede explicarse racionalmente cómo cada uno de ellos, y no otros diez o doce, llegaron a la presidencia. Claro que algún mérito o habilidad debieron tener; pero, ¿cuáles fueron esa habilidad y ese mérito? Lo único comprobable es que un buen día, del mo-

do más impenetrablemente misterioso, una catapulta los disparó hasta el pináculo de la jerarquía política.

Entiéndase bien que no se dice que sus deslucidos antecedentes públicos y su misterioso ascenso a la primera magistratura condenen por necesidad su obra de gobernantes. La Historia la juzgará, por supuesto; pero quizás pueda decirse desde ahora que, dada la situación aquí pintada, alivia comprobar que de alguna manera el país ha seguido desenvolviéndose.

EL MISTERIO descrito antes no acaba allí, ya que, habiendo llegado a la presidencia de un modo tan extraño, ejercen un poder absoluto durante algo más de seis años. Tampoco para aquí el arcano, pues, al parecer, jamás cometen un error, de modo que nunca son censurados en el parlamento u otras reuniones públicas, en la prensa, la radio o la televisión. Por último, al retirarse los despiden un aplauso tan atronador y prolongado, que ascienden fácil, orondamente al nicho de la consagración histórica.

DEBE convenirse en que México, lejos de ser un país ordinario, tiene ganado ya el título de País de las Maravillas, o, por lo menos, el de Disneylandia Democrática.

Efectivamente, no hay una sola palabra en la Constitución que pueda, no ya justificar, pero ni siquiera dar pretexto para que las cosas ocurran como ocurren. Tampoco puede aceptarse que a esto conduce la existencia de un partido político oficial mayoritario, ya que en Estados Unidos --y todavía recientemente en Venezuela, y algo más antes en Colombia-- el partido Demócrata es mayoritario y ha sido "oficial" cuantas veces ha estado en el poder. Ni hay razón teórica imaginable para que el PRI no sea un partido con cierta

sabiduría, con alguna templanza, más limpio y menos chabacano.

CAUSA mayor impresión todavía la circunstancia de que nuestros hombres públicos jamás dicen una palabra que reconozca estas tristes realidades. Antes bien, las que dicen pintan de continuo un Paraíso más irreal aún que el de Adán, pues dándose en el nuestro las manzanas en racimos tan apretados como si fueran de uvas, ni de broma se asoma una serpiente. Todavía más, muchísimo más: no hay una sola razón de conveniencia, de salud pública que pueda justificar un mecanismo político tan sui generis para determinar quién será el jefe del estado mexicano. A despecho de todo esto, así hemos vivido nuestros últimos treinta años, y, por lo visto, tendremos para rato.

Un consuelo, sin embargo, puede quedarnos: haber ganado con exceso la Medalla de la Perseverancia.